

ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 3

MADRID 5 DE MARZO DE 1908

AÑO 1



SEVILLA. LOS REYES EN LA FÁBRICA DE TABACOS

Fot. Goñi

LAS CIGARRERAS ASOMADAS A LOS BALCONES DEL PATIO DE LA FÁBRICA, QUE HABÍAN SIDO ADORNADOS CON MANTONES DE MANILA, PRESENCIANDO LA LLEGADA DE SS. MM.



SEVILLA EL PATIO DE LA UNIVERSIDAD DURANTE LA VISITA DE SS. MM.



CÁDIZ. S. M. LA REINA AL BAJAR DEL TREN

LOS REYES EN ANDALUCÍA

Continuamos en estas páginas la crónica gráfica del viaje de SS. MM. por las provincias andaluzas, reproduciendo curiosísimas instantáneas obtenidas en Sevilla y Cádiz, donde, como en todas partes, la presencia de los Soberanos ha sido acogida con aclamaciones y regocijo extraordinarios.

La visita de los Reyes á la Universidad de Sevilla marcará fecha en los fastos de aquel centro de enseñanza, y también se conservará duradero recuerdo de la estancia de los Reyes en Cádiz, donde presidieron dos solemnes inauguraciones: la del puerto y la del depósito de tabacos de la Compañía Transatlántica.



CÁDIZ. INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS DEL PUERTO. LLEGADA DE LOS REYES

Fots. Góli



REGIA INAUGURACION

CÁDIZ. SOLEMNE ACTO DE COLOCAR LA PRIMERA PIEDRA DEL DEPÓSITO DE TABACOS DE LA COMPAÑÍA TRANSATLÁNTICA, Á PRESENCIA DE SS. MM.

Fot. Goñi



MADRID. GRAN BAILE LUIS XVI EN CASA DE LA MARQUESA DE SQUILACHE. UNA FIGURA DEL MINUE QUE BAILARON ARISTOCRÁTICAS PAREJAS

CARNAVAL DE 1908

Las notas salientes de este Carnaval han sido el baile Luis XVI celebrado en casa de la señora marquesa de Squilache y el de trajes de niños verificado en la Embajada de Inglaterra. El tiempo que no podía influir en el éxito de

aquellas fiestas aristocráticas, ha perjudicado, en cambio, al Carnaval callejero, quitándole, si no concurrencia, animación. Realmente, ni la nieve ni el granizo son elementos muy favorables a las expansiones del buen humor á cuerpo limpio.



MADRID. EL PASEO DE LA CASTELIANA DURANTE LAS TARDES DE CARNAVAL. INSTANTÁNEA OBTENIDA DESDE LA TRIBUNA DEL JURADO

Fots. Cifuentes



SALCHICHÓN-DIÁVOLO



CARROZA TITULADA «LA VEDA» QUE OBTUVO EL PREMIO DE 2.000 PESETAS
Fot. Rueda



EL CLOWN Y SU PERRO AMA DE CRÍA

EL CARNAVAL DE 1908

De lo más saliente del Concurso de la Castellana, donde se celebró el Carnaval madrileño, damos información fotográfica en la plana presente, reproduciendo instantáneas de la carroza que obtuvo el más importante de los premios adjudicados, del lindísimo coche que ganó el premio de la infanta doña Isabel y de las dos máscaras á pie que más han llamado la atención, una por la originalidad de su disfraz y otra por las habilidades del perro, también disfrazado, que la acompañaba.

La carroza *La veda* fué justamente elogiada por todo el público, pues era originalísima, y estaba construida y dispuesta con verdadero arte. La tripulaban bellísimas señoritas y distinguidos jóvenes vestidos de conejos y cubierta la cabeza con notables caretas. Sembraba la carroza un trozo de monte breñoso, y la guiaban y escol-



COCHE ADORNADO, DE LA SRA. D^{CA} ROMEA Y SR^{TA}. DE CHAO,
QUE OBTUVO EL PREMIO DE LA INFANTA ISABEL

taban guardas de monte muy bien vestidos.

El carruaje adornado, cuya fotografía publicamos, era también de los más artísticos; el grabado nos excusa de describirlo, pues en él aparece con todo detalle.

De las máscaras á pie, el éxito fué para el *clown* y su perro, un can amaestrado maravillosamente que recorrió el paseo de la Castellana vestido de ama de cría, andando en dos pies y con un remedo de niño de pecho en los brazos. El *clown* hizo constar ante el Jurado que su perro atiende por *Juanito*.

También insertamos una instantánea del baile de máscaras celebrado en el teatro Real á beneficio del Círculo de Bellas Artes el lunes último, baile que estuvo tan brillante y tan concurrido como lo están siempre cuantas fiestas organiza la artística Sociedad madrileña.



BAILE DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES, VERIFICADO EL LUNES EN EL TEATRO REAL. ASPECTO DE LA SALA

Fots. Cifuentes



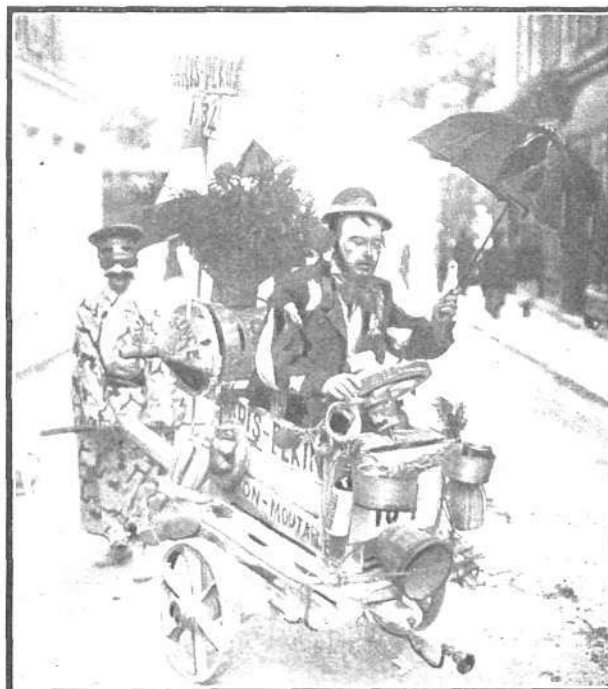
MÁSCARA QUE RIDICULIZA LA FEMENINA COSTUMBRE DE LLEVAR GRANDES SOMBREROS AL THEATRO

La semana de Carnaval, que apenas si tiene cuatro días hábiles... para el jolgorio popular entre nosotros, es más amplia en otras partes, y singularmente en la renombrada Côte d'Azur, y de toda ella, en Niza, donde las fiestas carnavalescas empiezan con bastantes días de anticipación, en los cuales se celebran vistosísimas cabalgatas.

Aquí preceden al Carnaval callejero bailes de sociedad, brillantísimos siempre, como el que disfrutaron numerosas é infantiles mascaritas en la embajada de Inglaterra en esta corte. Del anticipado Carnaval de Niza y del espléndido baile de trajes mencionado, damos información en esta página.

Las máscaras que hasta ahora se han presentado en el primero, han sido en su mayor parte caricaturas de tipos, costumbres ó acontecimientos; entre ellas se destaca la de la *broute*, caricaturizadora del automóvil del príncipe Borghese, que, como es sabido, logró llevar á feliz término el *record* Pekín-París no sin exponerse á grandes dificultades y peligros. La Prensa diaria y la deportiva llenaron columnas y más columnas con el relato del atrevido viaje, y por esto, por lo vulgarizada que estaba la hazaña, ha tenido mayor éxito la caricatura.

También ha sido muy celebrada la de la modista de Niza, que lo mismo pudiera ser la modista de cualquier parte, y la de los sombreros de teatro, cabezada enorme, que lucía un sombrero mucho más enorme todavía. Estas tres máscaras y la cabalgata de la llegada del Carnaval aparecen fotográficamente reproducidas en esta página.



MÁSCARA CARICATURIZANDO EL AUTOMÓVIL EN QUE EL PRÍNCIPE BORGHSE HIZO LA CARRERA DE PEKÍN Á PARÍS
Fots. Tresca

EL CARNAVAL DE 1908



MADRID. BAILE INFANTIL DE MÁSCARAS CELEBRADO EN LOS SALONES DE LA EMBAJADA DE INGLATERRA

Fots. Cifuentes



LA MODISTA DE NIZA



CABALGATA CARNAVALESCA

Fots. Tresca



RICARDO TORRES «BOMBITA» Y EL DISTINGUIDO AFICIONADO D. LEOPOLDO MAZAS, EN LA TIENTA DE BECERROS DE LA GANADERÍA DE D. JOSÉ ANASTASIO MARTÍN



UNA PUYA EN EL TENTADERO

La semana pasada se verificó en el cortijo sevillano llamado Quintillo la tiente de becerros de la ganadería de D. José Anastasio Martín.

Este es un género de fiestas que, por lo mismo que no á todos les es dado presenciarlas, tienen tantos aficionados, tal vez más aficionados que las corridas de toros propiamente dichas. Carecen del bullicio de éstas, pero tal circunstancia, lejos de ser un inconveniente, es un atractivo.

Fueron tentadas 54 reses, y la casi totalidad demostraron gran bravura y codicia, como si hubieran querido responder á las brillantes tradiciones de la acreditada ganadería á que pertenecen. Esto no obstante, fueron desechadas algunas, pues el ganadero, que por cierto dirigía la operación, lleva su escrupulosidad al último extremo en todo lo que sea velar por el buen nombre de su ganadería.

De tentador actuó el sirviente de la casa Antonio Díaz, que en uno de los grabados de esta plana aparece jinete en un caballo aparejado según es costumbre para tal faena, con el pecho defendido por gruesas almohadillas para evitar el daño que los cuernos de las reses pudieran ocasionar á la cabalgadura.

Asistieron á la tiente el distinguido aficionado mejicano D. Leopoldo Mazas, que en cientos de ocasiones ha demostrado saber de toros prácticamente tanto como el primero, y lo demostró entonces una vez más toreando un becerrote maravillosamente; Ricardo y Manolo Torres, ambos *Bombitas*, *Angelillo* y Juan Zarco *Montes chico*, cuyo trabajo fué muy elogiado por todos los concurrentes, que eran muy numerosos, y fueron espléndidamente obsequiados por el ganadero á la terminación de la fiesta.

Los becerros lidiados fueron bravísimos, en especial el que toreó y mató como un consumado maestro el Sr. Mazas, para quien tal lidia debió de ser cosa de juego, puesto que por puro *sport* se las ha entendido ya no pocas veces con reses de cinco años y siempre demostró valor á toda prueba y conocimiento perfecto del torero.

Lo espléndido del día, un día sevillano por completo, contribuyó á hacer más grato el espectáculo para los invitados, entre los cuales figuraban los periodistas madrileños que han ido á Sevilla para hacer información durante la estancia de SS. MM. en aquella capital.

UNA TIENTA DE RESES EN SEVILLA



RICARDO TORRES «BOMBITA» SEÑALANDO UNA ESTOCADA

Fots. Goñi.



EL SHA DE PERSIA, MOHAMED ALI MIRZA, QUE HA SIDO OBJETO DE UN ATENTADO



ITALIA. NUNZIO NASI, EX MINISTRO DE LA CORONA, CONDENADO POR EL TRIBUNAL SUPREMO



EL PRESIDENTE DE LA REP.^a ARGENTINA, DR. FIGUEROA, QUE ACABA DE SALIR ILESO DE UN ATENTADO

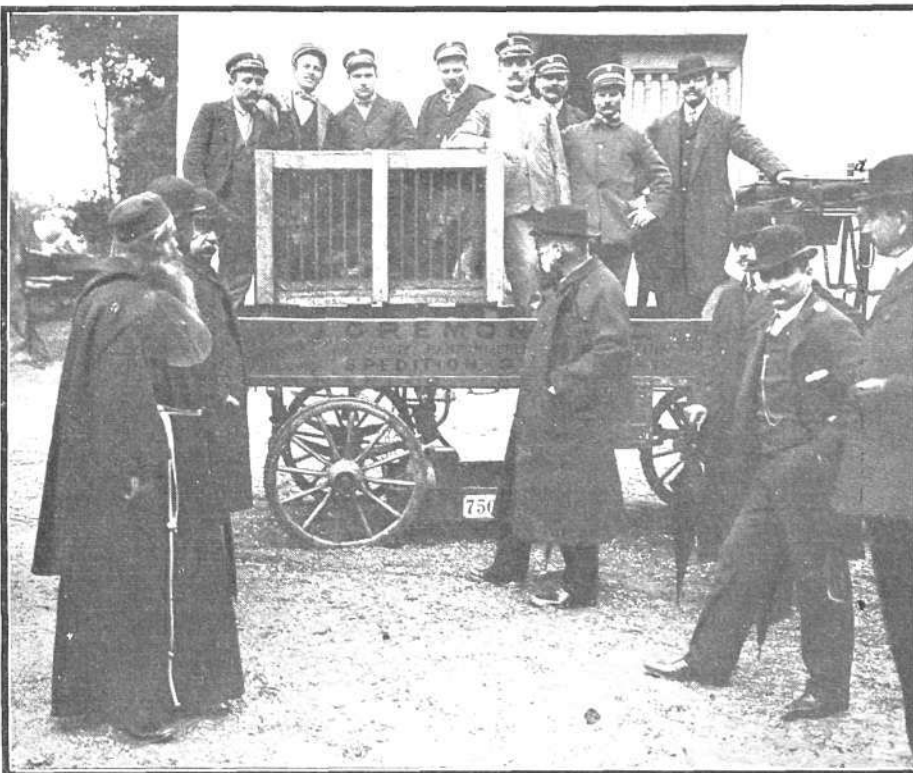


MADRID. ENTIERRO DEL EX MINISTRO LIBERAL, SR. QUIROGA BALLESTEROS, VERIFICADO AYER MIÉRCOLES. LA CARROZA FÚNEBRE ESCOLTADA POR LOS UJIERES DEL CONGRESO
Fot. Cifuentes

MISCELANEA DE ACTUALIDADES



EL EX MINISTRO LIBERAL D. BENIGNO QUIROGA BALLESTEROS, FALLECIDO ANTEAYER EN MADRID



ROMA. LOS LEONCITOS REGALADOS POR EL EMPERADOR DE ABISINIA AL PAPA EN LOS JARDINES DEL VATICANO
Fot. Abeniaccar



EL TORERO ANGEL GARCÍA PADILLA, QUE HA SUFRIDO UNA COGIDA GRAVE EN LIMA
Fot. Castillo



En aquel momento surcó las tinieblas un relámpago. El marqués alargó la mano hacia la ventana y dijo:—Voy á saltar por ahí.

LA MUERTA EN VIDA

PRIMERA PARTE

Continuación.

A no tener Saint-Maixent los párpados medio cerrados, se hubiera visto brillar en sus ojos un relámpago de alegría.

—El mesón es de lo mejor que hay en la comarca—continuó el preboste;—espero que el señor marqués no se encontrará demasiado mal. Maese Guillermo es un cocinero entendido, y en el fondo de su bodega debe tener un vinillo de Beaune que no es indigno del señor marqués.

—¿Qué le hemos de hacer!—murmuró Saint-Maixent haciendo un gesto de resignación;—apeémonos en esa posada, puesto que otra cosa es imposible.

Un cuarto de hora después, la cabalgata se detenía delante de la posada, en el sitio mismo en que dos días antes se había agrupado la gente para escuchar el pregón. Los aldeanos se hallaban entonces ocupados en las faenas del campo, y la única calle de la aldea estaba desierta. Maese Guillermo, su hija, la criada y el mozo de cuadra fueron los únicos que asistieron á la llegada del marqués y de los soldados.

—¡Pobre señor!—exclamó Julia llevándose el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima.

Dionisio Robustel se dejó escurrir desde su montura al suelo; quiso ayudar al marqués á apearse, pero éste estaba ya en tierra. El preboste se quitó el sombrero, y señalando con un ademán respetuoso la puerta de la posada, dijo:

—Dignaos entrar, señor marqués.

El joven saludó cortésmente á Julia, dirigiéndole á hurtadillas una mirada de fuego que la hizo ruborizarse, y penetró en la sala baja del mesón. Dionisio Robustel le siguió sin perderle de vista ni un segundo.

—¿Dormiréis aquí, señor preboste?—preguntó maese Guillermo.

—Sí, compadre—repuso Dionisio;—ya veis que la suerte os depara hoy un huésped de distinción. El mejor cuarto de la posada para el señor marqués, y procurad servirnos una opípara cena. Digo servirnos, porque tal vez me haga el señor marqués el honor de admitirme á su mesa...

—Precisamente iba á suplicároslo—replicó Saint-Maixent.

El preboste saludó y repuso:

—Agua, avena y heno para nuestros caballos, y así que hayáis servido al señor marqués os ocuparéis de mis hombres. ¡Ea, compadre, daos prisa!

En tanto que Dionisio daba sus órdenes, Julia y el marqués cambiaban entre sí miradas cuya elocuencia era muy significativa.

X

Vamos, vamos!—exclamó Guillermo, dirigiéndose á su hija, al mozo de cuadra y á la criada;—¿qué hacéis ahí plantados como tontos? Julia, hija mía, enciende una luz, baja á la bodega y saca seis botellas de vino de Beaune para el señor marqués. Tú, Colasa, ve en seguida al estanque y al corral, trae pescado y cangrejos, y mata los tres mejores pollos que encuentres. Tú, Santiaguillo, encárgate de los caballos, dales pienso en abundancia y cuida de que no les falte agua. Entre tanto, voy á encender las hornillas.

Dicho esto, el posadero se fué hacia la cocina; pero antes de salir de la sala hizo una seña á Dionisio, que fué á reunirse inmediatamente con él.

—Señor preboste—le dijo en voz baja,—tened mucho cuidado, no sea que ese diablo de marqués burle vuestra vigilancia y se escape como quien no quiere la cosa, porque Dios sabe entonces el destrozo que haría en mi posada.

—Perded cuidado, compadre—replicó Dionisio encogiéndose de hombros y atusándose el bigote con aire desdeñoso.—Sabed que los presos que yo guardo están bien guardados y no se me escapan. Además, y esto os lo digo reservadamente, me parecen muy exagerados los cargos que hacen al señor marqués. O mucho me equivoco, ó ese gran criminal no es más que un buen caballero, culpable sólo de algunos pecadillos que ni siquiera valen la pena de mencionarlos. Aquí debe haber algún error que el señor marqués explicará fácilmente, y no dudo que le pondrán en libertad, dándole una cumplida satisfacción.

—Ya me parecía á mí que su cara no era la de un malhechor—dijo el posadero, más tranquilo.—Deseo de todo corazón buena suerte á ese caballero, y voy á prepararle una comida de príncipe. Por lo demás, creo que le gustará mi vino de Beaune.

—Si es inteligente, no dejará de gustarle—repuso Dionisio con tono de profunda convicción.

—Maese Guillermo se dirigió hacia la cocina; pero en el camino tropezó con su hija Julia, que subía de la bodega cargada de botellas.

—¡Qué pálida estás, muchacha!—le dijo.—Sin duda te preocupa la presencia de un criminal peligroso en nuestra casa. Pues bien, hija mía, tranquilízate. Acabo de hablar con el preboste, y me ha dicho que ese guapo chico es tan inocente de los crímenes que se le imputan, como tú y como yo.

Animóse el semblante de la joven, y sus ojos brillaban de alegría.

—¡Me lo decía el corazón!—murmuró para sí.—Pero si ese caballero es inocente y el preboste lo sabe—añadió en alta voz,—¿por qué le tiene preso?

—Porque tiene que obedecer las órdenes del señor lugarteniente civil.

—¡Vaya unas órdenes injustas!

—No pretendo lo contrario. Pero eso no reza con el preboste, que, por su parte, se limita á cumplir su obligación y nada más.

Julia, sin añadir palabra, entró en la sala y fué á poner sus botellas sobre la mesa, delante de la cual se habían sentado Dionisio y el prisionero.

—¡Vive Dios, señor marqués!—exclamó el preboste con entusiasmo.—¡Mirad, mirad qué botellas!

—Seguramente tienen buen aspecto—repuso Saint-Maixent;—pero yo, que no soy sin duda tan gran bebedor como vos, admiro más que nada la linda mano que nos las sirve.

Al oír aquella galantería, realzada por el tono apasionado con que fué dicha, experimentó la joven una sensación de deliciosa embriaguez, que fué causa sin duda de que no retirase su blanca y delicada mano cuando el atrevido galán depositó en ella un beso, mientras que el preboste estaba completamente embebido en destapar las venerables botellas. Julia se alejó por último, pero vacilando y como á disgusto, dirigiéndose á un aparador, del cual tomó vasos para los dos bebedores.

—El calor y el polvo nos tienen sofocados—prosiguió Dionisio.—Creo que lo mejor que podemos hacer, para refrescar y abrir el apetito, es beber una ó dos botellas mientras llega la comida, que probablemente tardará un poco.

Y sin aguardar la venia del marqués, el digno preboste llenó los dos vasos, levantó el suyo á la altura de los ojos para admirar el color del vino, se lo llevó á la nariz para aspirar su perfume, y, terminados estos preliminares, exclamó:

—¡A la salud del señor marqués!

—Os doy las más expresivas gracias—repuso Saint-Maixent;—pero hay aquí una persona mucho más digna de nuestros brindis, y á la cual quiero consagrar mi primer vaso. ¡Bebo á la salud de nuestra linda huésped! En los salones de París—prosiguió después de haber apurado hasta la última gota de vino,—en los de Versalles, y aun en la corte del Rey, hay pocas damas, muy pocas, que puedan competir en belleza con esta señorita, y no hay ni una sola que la supere.

Semejante exageración en boca de un gran señor tenía visos de mal disfrazada ironía; pero fué dicha con un acento tan sincero y convencido, que el mismo Dionisio miró atentamente á la hija del posadero para saber cómo eran las damas de París, de Versalles y de la corte.

—No hay duda que esta muchacha es bonita—se dijo tras un corto examen;—pero yo me había formado otra idea de las princesas, de las duquesas y de todas esas grandes señoras.

En aquel momento entraron en la sala los otros cinco hombres, después de haber atado los caballos en el patio interior, debajo del cobertizo que servía de cuadra. El marqués se volvió hacia los soldados y les dijo:

—Amigos míos, yo soy la causa, aunque involuntaria, de la fatigosa jornada que venís haciendo. Os debo, por lo tanto, una indemnización, y, con el permiso del señor preboste, os ofrezco estos tres lises, que espero aceptéis para beber á mi salud.

Uno de los soldados interrogó con una rápida ojeada al preboste.

—No hay dificultad—repuso este último en voz alta.—Os autorizo para aprovecharos de los generosos ofrecimientos del señor marqués.

—¡Viva el señor marqués!—gritaron todos á una voz.

Subiéronles en seguida de la bodega grandes jarros de vino puesto á refrescar, y, para en tener el tiempo mientras llegaba la comida, sacaron unas grasicas botellas y ocuparon una larga mesa, á respetuosa distancia de los otros dos comensales. Julia, á quien su padre llamaba á gritos para que le ayudase á chariscar los pollos y preparar la salsa de los cangrejos, hubo de abandonar la sala, bien á su pesar, con intención de volver lo más pronto posible.

El joven, sin dejar de echar buenos tragos del famoso vino de Beaune, que en realidad merecía los mayores elogios, reanudó la conversación con Dionisio Robustel, y dió pruebas de hallarse tan despreocupado y alegre, que el digno preboste se confirmó cada vez más en la opinión de que su prisionero era inocente.

—Si no sintiera la cabeza muy segura sobre sus hombros—pensaba,—no podría desprenderse con tanta facilidad de todo pensamiento desagradable. Nadie se ríe con tal naturalidad cuando tiene en perspectiva el verdugo. Esto no impedirá, sin embargo, que le vigile con el mismo esmero que si hubiese cometido los mayores crímenes.

Al cabo de media hora volvió á aparecer Julia.

La joven, sin descuidar los guisos confiados á su dirección, encontró medio de subir á su cuarto y ponerse en pocos minutos su traje de los domingos, con el cual estaba verdaderamente encantadora.

Así se lo hizo comprender una mirada del joven, más expresiva que un largo discurso.

Julia extendió sobre la mesa un blanco mantel con listas azules, perfumado con el olor del tomillo y del romero. Puso sobre el mantel los mejores platos de loza con lucientes colorines, todo el servicio de plata que poseía la posada, y á uno y otro lado cuatro candeleros de cobre bruñido, con sus co-

respondientes velas de cera. Terminados, por fin, estos preparativos, presentóse maese Guillermo, dándose gran importancia, cubierto casi por completo con un mayúsculo delantal blanco, y sosteniendo con ambas manos un plato de estaño que despedía un aroma delicado, capaz de excitar el apetito de un difunto.

Maese Guillermo se excedió en aquella ocasión. La cena fué exquisita; reinó en ella la alegría más cordial; corrió el vino en abundancia, y de una cosa en otra prolongóse la conversación hasta las diez de la noche. El bueno de Dionisio, que, una vez sentado á la mesa, y teniendo botellas á discreción, no se acordaba para nada del cansancio, se hubiera quedado allí indefinidamente; pero el marqués de Saint-Maixent prestaba ya poca atención á la interminable charla del preboste; olvidábase de llevar á sus labios el vaso; sus párpados se cerraban (á pesar suyo sin duda), y, en fin, tales muestras dió de tener sueño, que al cabo reparó en ellas el preboste.

—Me parece que el señor marqués está algo cansado—dijo.

—En efecto, estoy muy cansado y tengo mucho sueño—repuso Saint-Maixent.

—Tanto mejor; así dormiréis más á gusto, y mañana muy temprano os encontraréis animoso y con fuerzas bastantes para emprender el camino. Con el permiso del señor marqués, nos pondremos en marcha al rayar el alba para aprovechar el fresco de la mañana.

—Muy bien pensado. Hacedme, pues, el favor de disponer que me conduzcan á mi cuarto, porque, si no, me voy á quedar dormido en la silla.

Dionisio Robustel echó un último trago, y, abandonando la mesa muy á su pesar, llamó aparte á maese Guillermo para darle algunas instrucciones relativas al cuarto del marqués. Mientras ellos dialogaban en voz baja, Saint-Maixent se levantó restregándose los ojos. Julia, que no había cesado de cambiar tiernas miradas con el joven durante toda la comida, se encontraba en aquel instante á dos pasos de la mesa. El marqués, con un rápido movimiento, le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí, á pesar de la débil resistencia que le opuso, y apoyando los labios en la mejilla de la joven, murmuró á su oído:

—Os adoro... ¡salvadme...! Emborrachad á los centinelas y llevadme á mi cuarto á media noche la llave de la puerta exterior. ¿Lo haréis?

—Sí—murmuró la joven con voz débil como un suspiro;—lo haré

XI

Apenas se hubieron cruzado estas rápidas palabras entre el marqués y Julia, volviéronse Dionisio y maese Guillermo; pero ya había soltado Saint-Maixent á la joven, y ésta, bajando la cabeza para ocultar su turbación, fingió estar completamente ocupada en recoger las botellas vacías. El joven se entretenía en atusarse el bigote con indolencia y en tararear entre dientes una canción de moda, como para alejar el sueño. Los cinco soldados seguían jugando en el extremo opuesto de la sala, sin hacer el menor ruido.

—Señor marqués—dijo el preboste adelantándose,—ya está preparada vuestra habitación, y, si tenéis á bien permitírmelo, os enseñaré el camino.

—Os lo suplico—repuso Saint-Maixent,—y sólo siento las muchas molestias que os estoy ocasionando.

Dionisio Robustel tomó una luz y rompió la marcha, no sin haber hecho á sus hombres una seña, que fué perfectamente comprendida, pues levantándose en el acto uno de ellos, se preparó para formar á retaguardia. El marqués, que era buen observador, adivinó aquellas medidas estratégicas, pero no dijo una palabra, y, fingiendo el paso vacilante de un hombre dominado por el sueño, siguió al preboste, que á su vez iba en pos de maese Guillermo.

La posada de *Las Armas de Francia* tenía sólo piso bajo y principal. Componíase éste de una serie de habitaciones que daban todas á un largo corredor con balaustrada de madera sobre el patio. En un extremo del patio había un cobertizo que hacía las veces de cuadra, y en el otro, frente por frente del cobertizo, un postigo que comunicaba con un extenso cercado que servía de huerta y de corral.

El preso conocía el terreno mucho mejor de lo que podía suponer Dionisio, pues el viajero á quien maese Guillermo había hospedado días antes, y cuyas señas le parecieron concordar con las anotadas en el pregón, era el mismo Saint-Maixent.

Una vez en la galería alta, el preboste, guiado por maese Guillermo, abrió una de las puertas laterales y se echó hacia atrás para dejar paso al marqués.

Este, después de saludarle con la mano y con una amable sonrisa, penetró en una habitación bastante grande, amueblada sólo con una cama, una mesa y cuatro sillas. Las paredes estaban blanqueadas con cal, y las cortinas del lecho y de la ventana eran de tela ordinaria con figurones que querían representar escenas pastoriles. El suelo estaba entarimado con tablas de pino apenas desbastadas, que al menor movimiento crujían fuertemente.

—La habitación es bastante modesta, señor marqués—dijo Dionisio;—pero la cama es buena, y fuerza es contentarse con esto por una noche.

—¡Oh! Yo no soy melindroso, y me acomodo en cualquier parte—repuso Saint-Maixent.

—Mi cuarto está contiguo—prosiguió el preboste.—Tengo un sueño tan ligero, que me despierta el ruido más insignificante; si por casualidad el señor marqués necesitara alguna cosa, no tiene más que llamarme sin esforzar mucho la voz; le oíré perfectamente á través de estos tabiques que no son muy gruesos. Mi satisfacción será inmensa si puedo ser útil en algo al señor marqués.

—Descuidad, amigo mío, no necesitaré de nada; voy á dormir como un lirón.

—Mucho me alegraré, no por mí, sino por el señor marqués, á quien respetuosamente doy las buenas noches.

Dionisio, que, según acabamos de ver, poseía recomendables dotes de diplomático, colocó el candelero encima de la mesa, saludó y se retiró andando hacia atrás para no volver la espalda al importante personaje confiado

á su custodia. Al salir, cerró la puerta; pero, confiado en las precauciones que iba á tomar, no creyó necesario echar la llave por fuera; hubiera sido ofender á su prisionero. El marqués se quedó escuchando. Estremeciéndose de alegría al cerciorarse de que la llave no había girado en la cerradura, y murmuró para sí:

—¡Todo va bien! Gracias á mi buena estrella, escaparé sano y salvo de este apuro.

Poco le duró, sin embargo, el regocijo. Un instante después el rostro del joven cambió por completo de expresión.

Dionisio dejó un centinela apostado en el corredor, frente al cuarto de Saint-Maixent, y volvió á bajar la escalera.

—Hijos míos—dijo á sus subordinados,—no os disimularé que el preso es, á mi juicio, un cumplido caballero, y tan inocente como el que más; pero esto no hace al caso. Inocente ó culpable, representa para nosotros una suma de tres mil libras, que no es mal bocado para los tiempos que corren. Es preciso, pues, guardarle con el mayor cuidado. Fabricio y Tomás se instalarán en la calle, debajo de la ventana de su cuarto; Gilberto custodiará la escalera, y Jacobo y Santos quedarán de guardia en el patio, sin perder de vista el corredor. He aquí la consigna; suponiendo que el señor marqués intentase evadirse (cosa que yo no creo), haréis por alcanzarle, pediréis auxilio, y si, por desgracia, surtiese efecto su tentativa y no hubiese medio pacífico de capturarlo, echaréis mano á una pistola y le saltaréis la tapa de los sesos: respetuosamente, pero sin compasión.

Julia, oculta en un rincón de la sala, oyó dar esta orden, inclinó tristemente la cabeza y se echó á llorar con amargura. Sin embargo, en el momento en que Fabricio y Tomás se disponían á salir para hacer su guardia en la calle, la joven recobró un poco de ánimo y alargó á hurtadillas á Fabricio una gran botella de aguardiente, diciéndole en voz baja:

—Una noche al sereno es bien poco agradable, amigo mío; tomad esto para vos y para vuestro compañero, sin que lo sepa el señor preboste.

A pesar de sus colosales dimensiones, la botella desapareció como por encanto en uno de los bolsillos de Fabricio, que, para demostrar su gratitud, se llevó la mano á la boca y envió un beso á la joven. Dionisio había salido entre tanto con Jacobo y Santos; los colocó en sus puestos respectivos, y, satisfecho de las disposiciones que acababa de tomar, volvió á subir la escalera, instalóse en el cuarto contiguo al del marqués y dijo á maese Guillermo:

—Ahora hablemos nosotros dos. ¿Esperáis á alguien esta noche?

—No.

—Entonces supongo que no tendréis inconveniente en cerrar la puerta de la posada.

—Ninguno; y si vos no estuviésteis aquí, ya estaría cerrada; de ordinario, á las nueve dormimos todos á pierna suelta.

—Perfectamente. ¿Cuántas puertas á la calle tiene la posada?

—Dos.

—¿Y en el patio?

—Dos también.

—¿Y al campo?

—Una sola; no cuento el postigo que da entrada á la huerta, porque ésta tiene un cercado de tapia sin salida.

—De suerte que son cinco puertas, y por consiguiente cinco llaves; id en seguida á buscarlas, atadlas todas ántes y traédmelas inmediatamente.

—¿Qué vais á hacer con ellas?

—Nada absolutamente. Pero nunca están de más las precauciones; creo que dormiré más á gusto teniendo las llaves debajo de la almohada; me haré la ilusión de que son las 3.000 libras prometidas y soñaré con felicidades sin cuento.

—Pues, entonces, voy á buscarlas.

—Sois un hombre de bien, compadre, y en cuanto vea al señor lugarteniente civil le hablaré de vos.

Cinco minutos después de esta conversación estaban en poder de Dionisio las llaves de todas las puertas; despojóse en seguida de sus botas de montar y de su uniforme, dejó sobre una silla próxima su espada y sus pistolas, y tumbándose en la cama con un sentimiento de profunda voluptuosidad, empezó á roncar como un cañón de órgano.

Hay que advertir que minutos antes de que maese Guillermo interceptara toda comunicación entre el patio y la sala baja, la linda Julia encontró oportunidad para ofrecer á los hombres allí apostados, no una, sino dos botellas de aguardiente, que fueron recibidas como maná caído del cielo.

Julia se metió en su cuarto, situado en el extremo de la galería del primer piso. El posadero mandó á Colasa y á Santiaguillo á sus respectivas buhardillas, y, encasquetándose su gorro de dormir se metió en la cama, quedando la casa en profundo silencio, turbado únicamente por los estrepitosos ronquidos del preboste.

En cuanto al marqués, tan pronto como quedó solo, desapareció la sonrisa, hasta entonces estereotipada en sus labios, para dar lugar á una contracción nerviosa que revelaba amargura y desesperación. La frente se cubrió de arrugas, y la mirada, habitualmente dulce, casi femenina, adquirió la rigidez implacable del acero; se leía en ella una maldad tan fría y tan cruel, que daba miedo.

No podía ser más radical la transformación que sufrió su rostro.

Saint-Maixent no se desnudó. Apagó la luz, se sentó en la cama y esperó.

XII

Los pensamientos que agitaban su espíritu en aquella sombría noche eran á cual más desconsoladores; su situación le pareció espantosa. Solo y sin armas, en una casa estrechamente custodiada, fundaba su única esperanza en Julia; pero ¿podría la joven cumplir su promesa? ¿Se atrevería á salir de su cuarto á media noche? ¿Lograría atravesar el corredor sin que sus pasos sobre el entarimado despertasen al preboste?

Aun dado caso de que la joven triunfase de todos los obstáculos, ¿conseguiría éste salir de la posada sin tropezar con algún centinela?

Embebido en estos pensamientos, las horas parecían siglos al marqués de Saint-Maixent. Dieron, por último, las doce en el reloj del pueblo, y cada una de las sonoras campanadas hizo palpitár angustiosamente el corazón del joven.

Vibraba aún la última, cuando una luz cárdena iluminó durante un segundo el cuarto del marqués; se oyó un ruido sordo y lejano, volviendo á reinar en seguida la obscuridad y el silencio más absolutos. Aquel resplandor y aquel ruido eran presagios de una tempestad próxima á desencadenarse. El joven sintió renacer sus esperanzas.

Pasaron diez minutos, al cabo de los cuales, y en el momento en que retumbaba un trueno mucho más cercano que los anteriores, el marqués creyó oír hacia la puerta un rumor casi imperceptible. Prestó oído con mayor atención, y pudo convencerse de que no se había equivocado, pues el breve fulgor de un nuevo relámpago le dejó ver la puerta de su cuarto de par en par abierta y en el dintel una forma blanca é inmóvil que parecía un fantasma. Era Julia.

—¿Dónde estáis, señor marqués?—preguntó la joven con voz apenas perceptible.

—Aquí...—repuso Saint-Maixent.

Un instante después, y sin haberla oído aproximarse, pues la pobre niña andaba descalza y con infinitas precauciones, sintió el caballero una mano ardiente que se apoyaba sobre la suya helada.

Fiel á sus costumbres de galantería, á pesar de su terrible situación, el marqués quiso abrazar á la joven; pero ella le repelió bruscamente, y, con una especie de pudor ofendido, balbució:

—¡Ah, señor marqués! ¿En qué estáis pensando?

—En vos, amada mía—repuso Saint-Maixent.—¿No sabéis que os adoro?

—¿Es ésta la ocasión de decir esas locuras?

—Siempre es ocasión de amaros.

—¿No me habéis dicho que vuestra vida está en peligro?

—Sin duda, ¿pero qué me importa la vida? Con la cabeza puesta en el tajo y el hacha levantada, os repetiría con toda verdad que os amo.

—¿Qué habéis hecho, pues, para exponeros á ese castigo?—dijo Julia interrumpiéndole.—¿Sois verdaderamente criminal? Yo no puedo creerlo.

—Y hacéis bien, amada mía, porque soy inocente; pero tengo terribles enemigos que han jurado mi perdición; si logran encerrarme en un calabozo, me quitarán todos los medios de defensa, me harán sucumbir bajo el peso de sus calumniosas acusaciones y harán rodar mi cabeza en el patíbulo. Por eso debo huir.

—¡Huir...!—balbució Julia con voz ahogada por los sollozos.—¡Huir! ¿Y cómo?

—¿No me traéis la llave que ha poco me prometisteis?

—¡Ay de mí! No.

—¿Por qué?

—El preboste ha pedido á mi padre todas las llaves de la posada y las tiene en su cuarto.

Saint-Maixent se mordió los labios para ahogar una blasfemia que iba á proferir.

—¡Maldito preboste!—murmuró.—¿qué hacemos?

—No lo sé.

En aquel momento surcó las tinieblas un relámpago. El marqués alargó la mano hacia la ventana y dijo:

—Voy á saltar por ahí.

—Esa sería vuestra perdición—repuso Julia moviendo la cabeza;—hay apostados dos centinelas en la calle, precisamente debajo de vuestra ventana.

Saint-Maixent tenía cogido uno de los brazos de la joven; al oír esas palabras clavó sus uñas en la delicada carne, por efecto de un movimiento nervioso é involuntario; pero la pobre niña aguantó el dolor agudo que sentía sin proferir un gemido.

—Pero, en fin, veamos—prosiguió el caballero lleno de rabia;—yo no puedo quedarme aquí como un lobo cogido en la trampa. Yo no puedo tolerar que esos miserables me lleven á Clermont... Necesito huir, sí, lo necesito... ¿Está vigilado el patio...?

—Hay dos hombres y en la escalera uno.

—¿No les habéis dado vino, como os supliqué?

—Les he dado aguardiente, señor marqués.

—¿Y no están borrachos?

—Deben estarlo; pero cuando yo pasé á cierta distancia de ellos para venir aquí, les oí hablar.

El marqués reflexionó profundamente durante algunos segundos.

—Creo recordar—dijo por fin—que más allá del patio hay una huerta.

—Sí, señor marqués.

—¿Y no tiene la huerta ningún postigo que dé al campo?

—No; está rodeada de tapias bastante altas; pero en el fondo, á la izquierda, hay una brecha cerrada, mal que bien, con haces de espinos.

—¿Podrá saltar un caballo por encima?

—Ciertamente, si va bien dirigido.

—Pues bien, por allí pasaré. ¿Dónde está la cuadra?

—En el patio, debajo del cobertizo.

—Gracias, amada mía. Ahora hacedme otro favor... el último... el mayor de todos...

—¿Cuál?

—Dadme un cuchillo.

—¡Dios mío! ¿Un cuchillo! ¿Y para qué?

—Para defenderme si me atacan, para matarme si me vuelven á coger.

—¡Ah, señor! Tan imposible es eso para mí como el daros una llave. Los cuchillos están en la cocina, y la puerta está cerrada como las demás. Esta noche no somos nosotros los amos de la posada; el preboste ordena y hay que obedecerle.

—¿Cómo ha de ser!—murmuró el joven;—mi valor y mi desesperación me bastarán. Voy á salir al instante.

—Aguardad siquiera á que resuene un trueno; si no, os oír el preboste.

El marqués se detuvo, y sacándose del dedo pequeño de la mano izquierda una sortija de bastante valor, se la dió á Julia, diciéndole:

—Tomad, hermosa mía; acordaos de que os amo, y tened por seguro que, si esta noche no me matan, me volveréis á ver dentro de poco.

A la par que decía estas palabras abrazó á la joven, que esta vez no tuvo valor ni voluntad para rechazarle.

Resonó, por fin, la voz poderosa de la tormenta; el marqués aprovechó aquel momento para salvar con paso rápido la distancia que le separaba de la galería. Inclínose sobre la balastrada de madera, miró al patio y prestó atención, esperando oír los ronquidos de los soldados. Pero esta esperanza se vió frustrada: sus guardianes, hombres aguerridos y que no se emborrachaban fácilmente, permanecían despiertos.

—¿Oyes, camarada, el zafarrancho que anda por ahí arriba?—dijo una voz aguardentosa.

—¡Pardiez! ¿Te figuras que estoy sordo para no oír?—replicó una segunda voz, entrecortada por frecuentes bostezos.—No parece sino que todos los diablos han salido del infierno. Al fin y al cabo, esto vendrá á parar en un chaparrón que nos pondrá como ranas.

—Tomemos, pues, nuestras precauciones contra el chubasco. Remojemos el interior mientras llega la lluvia por el exterior. Dame la botella.

—Ya está casi vacía. Aguarda que eche un trago.

—Déjame unas gotas siquiera. El aguardiente de la michacha no es malo; sólo que las botellas son muy chicas. Apenas se han empezado, y no queda ya ni señal.

Los dos hombres dieron, uno después de otro, un prolongado beso á la botella. Esta última libación fué como la gota de agua que hace rebosar un vaso; no tardó en producirles un sueño pesado é irresistible.

El marqués tuvo, por fin, el gusto de oírlos roncar con no menos ruido que el preboste, cosa que le pareció de feliz presagio.

—Adiós, hasta la vista—dijo á Julia, é hizo un movimiento para saltar por encima de la balastrada.

—Por ahí no—murmuró la joven con viveza, cogiendo al marqués de un brazo;—un poco más á la izquierda hay, debajo de la galería, un gran montón de paja. Allí no corréis riesgo de haceros daño y vuestra caída hará menos ruido. Acordaos de que el postigo que conduce á la huerta está á la derecha, y la otra salida á la izquierda. Saltad ahora, idos... y que Dios os guíe.

El marqués no la escuchaba ya, pues había pasado al otro lado de la baranda y en aquel instante se dejaba caer en el vacío. Un segundo después se encontró sin novedad en medio de un montón de paja, á cinco ó seis pasos tan sólo de los centinelas. Uno de éstos se despertó bruscamente, y levantándose sobre un codo, balbució con lengua estropajosa:

—¡Paréceme que algo se ha movido por aquí; ¿eres tú, Santos?

—No tengas miedo; no hemos abandonado nuestro puesto—repuso Santos abriendo un ojo.

—Con todo, no estaría mal que diésemos una vuelta para ver lo que hay.

—¡Qué tonto eres! ¿Qué has de ver con esta obscuridad? Todo está tranquilo.

Restablecióse el silencio. El marqués, que había permanecido inmóvil durante algunos segundos, conteniendo la respiración, se deslizó poco á poco arrastrándose sobre la paja como una culebra, se orientó como pudo y se dirigió muy despacio y con grandes precauciones hacia el cobertizo. Había allí siete caballos enjaezados. ¿Cuál era el suyo?

Se disponía á buscarlo, á pesar de las tinieblas, cuando le pareció oír que hablaban otra vez en el patio. Era preciso apresurarse; sin cuidarse de encontrar su propia cabalgadura, desató del pesebre un caballo cualquiera, improvisó una brida, pasándole una correa por la boca, atravesó el patio, abrió el postigo y, una vez ya en la huerta, saltó sobre el animal, le hundió las espuelas en los ijares y se dirigió á galope tendido hacia la brecha que un relámpago acababa de enseñarle.

Pero el choque de las herraduras contra las piedras era un ruido más que suficiente para despertar á los centinelas. Jacobo y Santos, á pesar de los vapores del alcohol, comprendieron que acababa de suceder alguna cosa muy grave. En menos tiempo del que se tarda en decirlo, corrieron ambos al cobertizo y pudieron notar á tientas la desaparición de un caballo. Acto continuo empezaron á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡el preso se escapa!

Al oír aquellos gritos, saltó el preboste de la cama, y sin tomarse más tiempo que el necesario para encender una luz, corrió á la galería, gritando desahoradamente:

—¡Sus, á él! ¡pronto! ¡á escapar! ¡alcanzadle ú os hago fusilar á todos por la mañana! ¡A caballo, que allá voy yo!

Exasperado y furioso, volvió á entrar el preboste en su cuarto y empezó á vestirse á toda prisa.

También habíanse despertado los demás habitantes de la posada y sucesivamente fueron abriéndose las puertas de los cuartos del mesonero, de Julia, de Colasa y de Santiaguillo; todos preguntaban á gritos qué era lo que sucedía, por qué se armaba tanto estrépito. Sólo la joven hubiera podido contestar, y creemos excusado decir que no lo hizo.

Aún no habían transcurrido cinco minutos, cuando ya estaban todos los soldados á caballo y dispuestos á dar caza al fugitivo, aunque les asustaba la mucha delantera que les había tomado, si bien, en realidad, no era tanta como ellos creían. He aquí el motivo.

Saint-Maixent pasaba por ser un excelente jinete; confiado en su maravillosa habilidad, dirigió, según hemos dicho, su caballo á todo galope hacia la brecha cerrada con haces de espinos, seguro de que podría salvar de un salto aquel obstáculo, que no tenía nada de formidable; pero el caballo era pesado, y el cansancio de tres días consecutivos de marcha había agotado todas sus fuerzas.

Dos veces cayó sobre el vallado, relinchando de dolor, hasta que, viendo el marqués que no conseguiría nada con hostigarle, echó pie á tierra y empezó á quitar los haces uno á uno, en lo cual invirtió mucho tiempo.

Quedó, por fin, expedito el paso. Saint-Maixent, á quien aguijoneaban como carbones encendidos los clamores que se oían en la casa, se encontró ya en el campo, y pudo creer por un momento que dejaría lejos de sí á sus perseguidores.

Pero en vano desgarró con las espuelas los ijares del desgraciado animal;

por más que hizo no pudo obtener sino un galope pesado y vacilante, uno de esos galopes con los que á duras penas se andan dos leguas por hora. ¡Dos leguas! ¡Qué suplicio para un fugitivo que quisiera tener alas para ponerse en salvo!

Sólo una esperanza quedaba al marqués. Como el preboste y su gente no sabían la dirección que había tomado, le perseguirían al acaso, y tal vez tendría la suerte de que tomaran el camino opuesto, alejándose de él en lugar de aproximarse.

Al cabo de una media hora escasa, el marqués adquirió la cruel certidumbre de que los jinetes del preboste le seguían la pista muy de cerca.

Una ráfaga de viento trajo á sus oídos el ruido del galope de los caballos, que se aproximaban por momentos.

Para colmo de desgracia, la cabalgadura del joven, husmeando á sus habituales compañeros, se puso á relinchar furiosamente como para llamarlos. El marqués le hundió las espuelas y le obligó á lanzarse cuesta abajo á galope tendido por la rápida pendiente que conducía desde la plataforma en que se hallaba á una vasta llanura.

Tan luego como salió sin novedad de aquella difícil bajada, abandonó la carretera y dirigió su caballo á la ventura por en medio del campo, en la creencia de que el preboste y su gente continuarían el camino sin detenerse, dejándole detrás de ellos; pero estaba escrito que todos sus cálculos habían de ser fallidos. En aquel mismo momento estalló furiosamente la tempestad; los relámpagos, sucediéndose sin interrupción, iluminaron á lo lejos todo el campo, y sus perseguidores pudieron distinguir como si fuera de día al fugitivo, que espoleaba inútilmente su caballo, rendido de fatiga.

Al verle, lanzaron todos un grito de triunfo, é inmediatamente uno de sus perseguidores bajó con vertiginosa rapidez las escarpadas cuestas del camino. Su caballo volaba, como si fuese una monstruosa ave nocturna arrebatada en alas del huracán.

El jinete era Santos, cuya cabalgadura había cogido equivocadamente Saint-Maixent... En cuanto al fantástico corcel que parecía devorar el espacio, nuestros lectores habrán reconocido ya al noble bruto de raza árabe que el día anterior montaba el marqués.

Hallábase Santos á distancia de un tiro de fusil de Saint-Maixent; pero llevaba lo menos 500 pasos de delantera al preboste y á sus demás camaradas. El joven volvió la cabeza, y al resplandor de un relámpago vió á *Djali* (tal era el nombre de su caballo) despidiendo fuego por su hinchada nariz y sacudiendo al aire sus largas y sedosas crines. Saint-Maixent comprendió que la fuga era ya imposible y que iba á encontrarse solo y sin armas en presencia de seis adversarios...

—¡Estoy perdido—se dijo,—perdido sin esperanza; pero sólo cogerán mi cadáver...! ¡Me haré matar defendiéndome como una fiera, con las uñas y los dientes! ¡Ah! ¡si tuviese una espada ó un puñal siquiera...!

En el instante en que el marqués se hacía estas reflexiones, su caballo, jadeante y extenuado, vaciló y cayó al suelo bruscamente. Arrastrado el joven en aquella imprevista caída, se agarró inquinalemente á las pistoleras, y su mano tropezó con la culata de una pistola.

El joven tuvo que hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo para ahogar un grito de alegría que iba á escaparse de sus labios.

Cogió en cada mano una pistola y permaneció tendido é inmóvil al lado del caballo. Al verle de aquel modo, después de una violenta caída, se le hubiera creído muerto ó desmayado; esto fué lo que se figuró Santos, que llegó á escape, repitiendo:

—¡Ya le tengo...! ¡Ya le tengo...!

XIII

El soldado detuvo á *Djali*, echó pie á tierra y, rodeándose al brazo las bridas del generoso bruto, se inclinó sobre el marqués para ponerle la mano sobre el corazón y averiguar si vivía aún. Saint-Maixent había previsto aquel movimiento; levantó el brazo, como si lo moviera un resorte de acero, y apretó el gatillo de una de las pistolas. Santos recibió el tiro en mitad de la cabeza y cayó instantáneamente muerto, salpicando con su sangre la cara y los vestidos del que consideraba ya prisionero suyo.

Saint-Maixent se levantó entonces de un brinco, arrancó de manos del cadáver la brida de su caballo, y montando sin apoyarse siquiera en los estribos, acarició el cuello de *Djali*, que temblaba de miedo, y exclamó:

—¡Ea, fiel compañero mío, mi hermoso *Djali*, salva á tu amo!

Hubiérase dicho que el noble bruto comprendió estas palabras, pues en el mismo instante, y sin necesidad de la espuela, tomó un galope furioso. Con semejante caballo era imposible que alcanzasen al fugitivo, que pudo ya considerarse libre.

Dionisio Robustel y sus hombres, a la luz de un relámpago, vieron caer el caballo de Saint-Maixent y á Santos lanzarse sobre el joven. Oyeron el pistoletazo, y convencidos de que el soldado había hecho fuego, el preboste espoleó más y más su cabalgadura, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Cogedlo vivo...! ¡No le matéis...! ¡No le matéis!

Júzguese cuál sería su estupor y su rabia cuando, en vez del marqués de Saint-Maixent prisionero, encontró el cadáver de Santos con el cráneo deshecho y nadando en su propia sangre.

—¡Ah, malvado! ¡Infame asesino!—gritó el preboste con voz ronca.—¡Se nos escapa! ¡Se atreve á matar á los soldados del rey! Ahora, si no le volvemos á prender, si no le conducimos á Clermont amarrado sobre su caballo, caerá sobre nosotros el deshonor y la vergüenza.

Un triste silencio acogió aquellas palabras. Prender al fugitivo era fácil de decir, pero muy difícil de hacer. Llevaba ya mucha delantera. ¿Cómo alcanzarle con unas cabalgaduras extenuadas de cansancio? ¿Qué dirección había tomado, hacia dónde perseguirle? Estas objeciones no tenían vuelta de hoja, los obstáculos eran insuperables. Dionisio comprendió lo que pasaba en el ánimo de sus subordinados y no quiso que se dejaran dominar por el abatimiento.

Continuad